

# JUICIO SOBRE LA REALIDAD DESDE LA VISIÓN CRISTIANA EN MEDELLÍN Y EN PUEBLA

Francisco Javier González Carrión, SDB\*

*Resumen:* El presente artículo recoge, en primer lugar, la experiencia de iniciación cristiana del autor, vivida en el contexto de lo que comenzó a inspirar en América Latina, y en Venezuela, la recepción del Concilio Ecueménico Vaticano II a través de Medellín y Puebla. Al describir dicha experiencia, surge la pregunta por la génesis o inspiración que dio lugar al modo de ser Iglesia en el que comenzó a configurarse, naturalmente, la identidad cristiana. La respuesta a esta pregunta se irá esclareciendo en las etapas de la formación inicial a la vida religiosa y al ministerio presbiteral entre los salesianos de Don Bosco. A partir de esta experiencia, esclarecida, concientizada, profundizada y gozosamente asumida, se presentan, a continuación, los juicios que pronunciaron las Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano en Medellín y Puebla sobre la realidad; juicios que indujeron opciones pastorales generadoras de una figura de Iglesia que vive con conciencia clara el redescubrimiento de su identidad como “servidora de la humanidad”, inserta en medio del mundo de los pobres y marginados para edificar con ellos y desde ellos el Reino de Dios.

*Palabras clave:* iniciación cristiana, recepción latinoamericana del Concilio, visión cristiana de la realidad, opciones pastorales.

*Abstract:* This article gathers, first of all, the author's Christian initiation, lived in the context of Second Vatican Ecumenical Council which began to inspire Latin America, and Venezuela, through Medellin and Puebla in its mode of being a Church. When describing this experience, the question arises about the genesis or inspiration that gave rise to a new Church figure that naturally gave shape to the Christian identity. The answer to the question finds clarity in the stages of the initial formation to religious life and the priesthood ministry among the Salesians of John Bosco. Based on this clarified, deepened and joyfully assumed experience, the following are the judgments about the realities articulated by Medellin and Puebla; judgments that induced pastoral options generating a Church figure that lives with clear awareness the rediscovery of its identity as “servant of humanity”, inserted in the midst of the world of the poor and marginalized to build with them and from their own grounds the Reign of God.

*Keywords:* Christian initiation, Latin American Second Vatican Ecumenical Council reception, Christian vision of reality, pastoral options.

---

\*Francisco Javier González Carrión, sdb. Profesor de Sagrada Escritura en el ITER. Profesor adjunto Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Director del Departamento de Publicaciones del ITER. Correo-e: gonzalezcfrancisco@gmail.com.

Según una escuela de investigación en ciencias sociales, un cambio de paradigma epistemológico que se desplaza de la orientación cuantitativa a la cualitativa ha producido y está produciendo descubrimientos valiosos y prometedores en el ámbito de las ciencias humanas. Así, por ejemplo, la consideración de las historias-de-vida, narradas por sujetos concretos, puede arrojar luces, datos, información, conocimiento sobre el tejido social y las influencias socio-culturales que contextualizan dicho tejido en el que se halla inserto el sujeto.

De entre la multiplicidad y variedad de documentos biográficos con intención científica que han existido, que existen y que pueden existir, se ha venido perfilando, precisando y delimitando con identidad propia, “la historia de vida”<sup>1</sup>.

En tal sentido, quisiéramos empezar esta contribución narrándoles, brevemente, la experiencia de iniciación cristiana vivida, para luego pasar a teorizar, con el bagaje cultural-filosófico-teológico adquirido, el tejido socio-eclesial en el que me encontraba inserto y las influencias, acontecimientos que en buena parte lo determinaban. Emergerán, así, los juicios que fueron dados sobre una realidad, leída con ojos de pastor, inspiradores de opciones pastorales audaces, decididas, llenas de la mística del Evangelio, liberadoras.

## 1. UNA INICIACIÓN CRISTIANA INDUCIDA DESDE LA INSPIRACIÓN DE PUEBLA EN LA ONDA DE MEDELLÍN

Aunque nací y fui bautizado en Cartagena de Indias, en la iglesia María Auxiliadora, actualmente animada y acompañada por nuestros hermanos claretianos, mi verdadera iniciación cristiana se produjo en un barrio caraqueño, en La Dolorita, Petare. Allí, como niño en edad de escuela primaria, a través de la catequesis en la que me inscribió Carmen, mi madre, entré en contacto con la Iglesia. Lo primero que debo decir de este primer contacto es que para mí constituyó un descubrimiento, descubrimiento de un mun-

---

1. A. Moreno, *Historias-de-vida- e Investigación*, Colección Convivium Minor, n° 2, Caracas 2013, 24. A propósito del tema, el autor acota en otro lugar: “¿Qué fundamento se puede aducir para sostener una investigación centrada en la historia misma? En palabras de Ferrarotti (1981,4), ‘la historia de vida es la contracción de lo social en lo individual, de lo nomotético en lo idiográfico’. Siendo esto así, en la vida de cada cual está toda su sociedad vivida subjetivamente que es la única manera de ser vivida que una sociedad tiene, pues una sociedad existe en sus miembros o no existe en absoluto. Una historia de vida es una práctica de vida, una praxis de vida, en la que las relaciones sociales del mundo en el que esa praxis se da son internalizadas y personalizadas, hechas idiografía” (A. Moreno, “Historias-de-vida- e Investigación, Colección Convivium Minor, n° 2, Caracas 2013, 34).

do nuevo; mundo en el que la valoración de las personas era real y tangible, mundo de relaciones cálidas, fraternas, familiares, impregnadas de fe, de esperanza, alegría y caridad. Era un mundo que, de algún modo, me inmunizaba y hacía pasar indemne de la violencia intrafamiliar que había comenzado a experimentar, y de la de la calle que, con frecuencia, se presentaba como ambiente hostil y amenazante.

Era mediados de la década de los años setenta, y el espacio-estructura donde aconteció mi iniciación cristiana era la Vicaría Nuestra Señora de Los Dolores, confiada a las Religiosas Misioneras de la Madre Laura, las Lauritas. Para aquel entonces, lo supe después, eran experiencias pioneras<sup>2</sup>. La praxis eclesial no se reducía al culto y a la catequesis, a la celebración de la eucaristía y los sacramentos. Mis ojos de niño contemplaban admirados todo un despliegue de actividades de promoción humana, por supuesto para aquel tiempo no sabía que se llamaba así, solo sabía que todo aquello que funcionaba entre semana, en horario diurno, vespertino y nocturno, era hermoso y creaba un ambiente de alegría, optimismo, esperanza y fraternidad: cursos de corte y costura, cursos de tejido, cursos de bordado, mecanografía, repostería, música, cuatro y guitarra, alfabetización y educación de adultos.

Crecí percibiendo como algo familiar, normal y corriente, el trato cercano, la convivencia y el diálogo, la organización pastoral entre laicos, religiosas, sacerdotes religiosos y diocesanos, obispos. En efecto, para la celebración del sacramento de la confirmación en la capilla de mi barrio asistió Monseñor José Alí Lebrún, para entonces obispo coadjutor de Caracas; siempre lo percibimos muy a gusto entre nosotros, contento, y apoyando el testimonio y trabajo que hacían las hermanas.

Ya de adolescente, en los tiempos del liceo, realizado en el Aspirantado Salesiano Santa María de Los Teques, durante las vacaciones de julio y agosto, me enrolaba entusiasta y animoso en una experiencia llamada Campamentos Juveniles Misioneros que se realizaba en los barrios adyacentes a La Dolorita, los más abandonados y desprovistos de toda asistencia, también de la eclesial: Brisas de Turumo, Caucaçüita, San Isidro. Cada año se elegía uno de estos barrios para realizar la experiencia.

La experiencia de Campamentos Juveniles Misioneros era organizada y promocionada por un equipo de laicos, sacerdotes, religiosas y religiosos ani-

---

2. "Los religiosos laicales podrán prestar frecuentemente un apoyo valioso al ministerio jerárquico. En este sentido adquiere especial importancia, en la situación actual de América Latina, el trabajo que realizan, por ejemplo, las religiosas encargadas de vicarías parroquiales en aquellos lugares donde no hay presencia sacerdotal permanente" (Medellín, Religiosos, 20).

mados por un sacerdote salesiano llamado Ignacio Gutiérrez, a quien cariñosamente todos llamábamos Nacho. La experiencia convocaba a voluntarios laicos, jóvenes universitarios, sacerdotes diocesanos, religiosas de distintas congregaciones, religiosos, seminaristas, formandos religiosos, entre los cuales nadaba, cual alevín feliz en su medio ambiente, un aspirante salesiano.

La estructura de cada jornada era la siguiente: por la mañana la oración y el desayuno para los que se quedaban internos; luego venía el momento de la formación de todos los misioneros. Nos reuníamos cobijados bajo una gran carpa de circo colocada por el Campamento en un lugar estratégico del barrio para el desarrollo de las actividades. El Campamento Juvenil Misionero tenía la duración de un mes. Habiendo vivido de manera tan intensa desde mi mocedad esta experiencia, cuando me tocó estudiar en el ITER el prólogo del evangelio de Juan, ¿cómo no iban a resonar en mí con especial capacidad de comprensión aquellas palabras: “Y el Verbo se hizo carne y puso su tienda entre nosotros” (Jn 1,14)?

Retomando lo del momento de la formación, nunca olvidaré el tema que se desarrolló un año: “Estudio del Documento de Puebla”, recién salido como pan del horno. Nos imaginamos a un muchacho de catorce años, poco menos, con su cuadernito y su lápiz tomando apuntes de lo que quién sabe podría entender de aquel tema y las citas de aquellos números. Lo cierto era que estaba viviendo y teniendo experiencia directa del Espíritu que rezumaba aquel documento.

De hecho, después de la formación todos salíamos a la misión, organizados en tres grandes grupos: acción social, acción familiar, acción juvenil. La acción social se interesaba de situaciones de extrema pobreza y necesidad, de buscar los medios, en la medida de las posibilidades, para dar respuesta y solución, involucrando siempre a la misma familia y vecinos en la acción solidaria; la acción familiar visitaba las casas, se encontraba con las familias, llevaba un saludo de cercanía, de amistad y de esperanza de parte de la Iglesia, se leía un texto bíblico y se compartía el mensaje que nos daba, se terminaba la visita con una oración y la invitación a reunirnos para la eucaristía en la carpa que estaba en medio del barrio; la acción juvenil reunía a niños, adolescentes y jóvenes para la catequesis, enseñanza de cantos, juegos y deporte, se trababan grandes amistades entre misioneros, niños y jóvenes. Todos nos recibían con gran alegría y gozo.

Por la tarde, después del almuerzo cada grupo organizado proseguía la misión. Ya hacia la puesta del sol, regresábamos todos para celebrar eucaristía y, en medio de ella, después del evangelio, compartir los testimonios

de la jornada a la luz de la Palabra. Los misioneros contaban que se estaban sintiendo transformados por el contacto y la cercanía con los más pobres, se sentían con algo nuevo dentro de ellos que no sabían describir; era un llamado que los confirmaba en un camino, en una opción. Allí estaba Dios, alegre, recibiendo gloria y alabanza.

La proveniencia social de los misioneros era heterogénea: personas de la vicaría de La Dolorita, personas de parroquias del este y del centro de Caracas, universitarios, sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, incluso el obispo, porque siempre a estas experiencias era invitado el pastor de la Iglesia local, por lo general, un día domingo para presidir la eucaristía y quedarse con nosotros para compartir el almuerzo. En efecto, una imagen que se quedó grabada en mi mente es ese compartir fraterno de Monseñor José Alí Lebrún comiendo con nosotros, contándonos anécdotas de su dilatada andadura pastoral y animando con firmeza la iniciativa y todo el bien que se hacía a través de los Campamentos Juveniles Misioneros. La invitación a edificar la Iglesia del Señor era apremiante y urgente.

## 2. INSPIRACIÓN/INFLUENCIA/ACONTECIMIENTOS SUBYACENTES A ESTA EXPERIENCIA DE INICIACIÓN CRISTIANA

Pero ¿qué inspiración/influencia/acontecimientos estaban detrás de toda esta experiencia de Iglesia que se vivía desde una conciencia tan clara de “servidora de la humanidad”, insertada en medio del mundo de los más pobres y marginados para edificar con ellos y desde ellos el Reinado de Dios, de tal modo que con palabras y gestos colaborásemos en pro de la venida de su Reino? Ciertamente toda aquella experiencia vivida, en medio de la cual aconteció mi iniciación cristiana, no se produjo por generación espontánea. Al pasar el tiempo comprendí de dónde provenía el Espíritu que la había alentado y sostenido, porque el Dios en quien creemos los discípulos-misioneros de Jesús es el Dios que se revela en la historia y, al hacerlo, la funda, le otorga sentido y la abre a horizontes insospechados de vida y plenitud.

Al llegar al prenoviciado salesiano, fui descubriendo gradualmente, a través de la formación recibida tanto en la universidad como en la casa, que la inspiración de ese mundo y de ese modo de ser Iglesia provenían del acontecimiento del Concilio Ecuménico Vaticano II, verdadero y duradero kairós para la Iglesia de Jesucristo y del Espíritu, y de la profética recepción latinoamericana del mismo en Medellín y Puebla:

¡Oh todos vosotros, los que sentís más pesadamente el peso de la cruz, los pobres y abandonados, los que lloráis, los que sois perseguidos por la justicia, vosotros de quienes no se habla, los desconocidos del dolor, recobrad valor; vosotros sois los preferidos del reino de Dios, reino de la esperanza, de la dicha y de la vida; vosotros sois los hermanos de Cristo paciente; y con Él, si queréis, salváis al mundo! He aquí la ciencia cristiana del sufrimiento, la única que da la paz. Sabed que no estáis solos, ni separados, ni abandonados, ni inútiles; vosotros sois los llamados de Cristo, su viva y transparente imagen. En su nombre, el Concilio os saluda con amor, os da las gracias, os asegura la amistad y la asistencia de la Iglesia y os bendice<sup>3</sup>.

Al respecto, es de resaltar el énfasis con el que el profesor José Godoy nos hablaba del Concilio como de un nuevo Pentecostés para la Iglesia, de giro copernicano, del paso de una Iglesia considerada prevalentemente como *societas perfecta* a una Iglesia “pueblo de Dios” “servidora de la humanidad”. Solía citar con insistencia en sus clases el número “22” de la *Gaudium et Spes*: “Cristo, el nuevo Adán, en la revelación misma del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación”. Y también: “el gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo, y nada hay verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón” (GS 1). Precisamente, fue en ese año de noviciado donde adquirí el ejemplar de los Documentos Completos del Concilio Vaticano II que conservo hasta hoy, lleno de innumerables subrayados y resaltados, y de notas personales al margen.

Luego, en el noviciado y post-noviciado continué profundizando en la inspiración y fuente que alimentó y alimentaba mi iniciación cristiana, y los pasos que siguieron a continuación en el camino del discernimiento vocacional y opción por la vida religiosa: estudio de la Situación Social Latinoamericana con el profesor Lauro Núñez, Catequesis Situacional con el profesor Ángel Bertapelle, Jornadas de Filosofía y Teología de nuestro Instituto de Filosofía y Educación, varios de cuyos temas giraron en torno a la recepción latinoamericana del Concilio: Medellín y Puebla.

---

3. Pablo VI, “Mensaje del Concilio a la Humanidad”, en: Documentos Completos del Vaticano II, Bilbao 1974, 484.

Mientras todo esto ocurría en nuestro ámbito académico, en casa nos hablaba el P. Luciano Odorico de la renovación de las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales pedida y urgida por el Concilio Vaticano II: volver a las fuentes, al Evangelio y a la relectura carismática que hace de este el fundador, adaptada creativamente a los tiempos.

A la par de la vivencia de todas estas experiencias formativas, se iba activando dentro de mí el proceso, a modo de *insight*, de encajar en mi historia personal de vida todo lo anteriormente vivido, siendo ahora consciente de su motivación original y su fecunda raíz. Y de que las cosas, en el plano eclesial, no habían sido siempre así, como me parecía a mí, que había nacido en plena realización del Concilio y de sus ondas post-conciliares.

La guinda del helado la constituyó el tiempo de gracia de los estudios teológicos en el ITER: todo estaba pensado en función de la preparación del alma del pastor, del religioso presbítero, “cura”, que debía equiparse convenientemente (2Tm 3,14-17) para “curar” las heridas de todos los arrojados al borde de los caminos y periferias, tanto físicas como existenciales del mundo (Lc 10,29-37). Y para lograrlo, qué papel tan fundamental jugaron las asignaturas y el método didáctico del ITER: Introducción a la Teología y al Método Teológico, Misterio de Dios y Antropología Teológica, Cristología y Eclesiología (especial recuerdo para nuestro profesor Andrés Argibay), Sacramentos, Eucaristía y Ministerios, Historia de la Iglesia Latinoamericana (especial recuerdo del profesor Pedro Trigo), Profetas y Sapienciales (especial recuerdo de un profesor comprometido con su enseñanza, Eduardo Frades).

Al finalizar el ciclo, todos salíamos motivados y alegres, hermanados intercongregacionalmente, soñando con poder colocar, de modo eficaz, nuestro granito de arena en la construcción de una Iglesia, pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo en la historia, toda ella ministerial, pobre y solidaria, sobre la impronta de su fundador que no vino a que le sirvan sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos (Mc 10,45; cf. 2Co 8,9).

No obstante, todo lo anteriormente dicho permanecería incompleto si no hacemos referencia a la praxis pastoral que acompañó de manera constante el discernimiento espiritual y la reflexión académica. En tal sentido, el contacto directo con las personas, las familias y las comunidades populares con las que fuimos conviviendo y celebrando la fe fue determinante para la asimilación adecuada de lo que reflexionábamos y discerníamos. Era, prácticamente, tocar con las propias manos la experiencia de fe que tenían muchas personas, familias y grupos de los barrios, y alimentar la propia fe al contacto

con dicha experiencia, iluminada por la Sagrada Escritura, la Tradición viva de la Iglesia y el Magisterio.

### 3. JUICIO SOBRE LA REALIDAD DESDE LA VISIÓN CRISTINA EN MEDELLÍN

En el apartado anterior comenzábamos con esta interrogante ¿qué inspiración/influencia/acontecimientos estaban detrás de toda esta experiencia de Iglesia que se vivía desde una conciencia tan clara de “servidora de la humanidad”, inserta en medio del mundo de los más pobres y marginados para edificar con ellos y desde ellos el Reinado de Dios, de tal modo que con palabras y gestos colaborásemos en pro de la venida de su Reino? Pues bien, ha llegado la hora en nuestro desarrollo de abordar el juicio sobre la realidad desde la visión cristiana realizado en Medellín (1968) en el marco de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

En tal sentido, ante el hecho mayor de la realidad, responsable de tantos otros, Medellín señala lo siguiente:

Existen muchos estudios sobre la realidad del hombre latinoamericano. En todos ellos se describe *la miseria que margina a grandes grupos humanos. Esa miseria como hecho colectivo, es una injusticia que clama al cielo* (Medellín, Justicia, 1).

Constatación de la realidad y juicio certero que está en continuidad con toda la tradición bíblica y la historia de nuestra primera evangelización:

Los israelitas, gimiendo bajo la servidumbre, clamaron, y su clamor, que brotaba del fondo de su esclavitud, subió a Dios. Oyó Dios sus gemidos y se acordó de su alianza (Ex 2,23).

Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores, pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa... (Ex 3,7-8).

Mucho quiero y con intensidad deseo que en este lugar me levanten mi templo: allí ostentará, haré exhibición, daré todo mi amor, mi compasión, mi ayuda, mi defensa de los hombres. Yo soy vuestra madre misericordiosa, de ti y de todos vosotros, los que vivís unidos en esta tierra, y de todos los demás variados

géneros de personas que son mis amantes, *los que claman a mí, los que me buscan, los que en mí tienen confianza. Allí he de oír su llanto, su tristeza, para remediar, para aliviar todos sus múltiples dolores, necesidades, infortunios* (Nican Mopohua, 24-26)<sup>4</sup>.

Al respecto, asevera José López que Epifanio de Moirans hace suya esta doctrina y afirma que lo que está prohibido por derecho natural divino, está prohibido también por derecho positivo, pero no al contrario. Y, cuando la esclavitud se hace contra el derecho natural positivo, se hace contra la ley antigua y la nueva, contra el Evangelio y contra la ley de Moisés:

¿Por qué, entonces, se cometen tales atrocidades en África? ¿Por qué no se les permite vivir cristianamente (o al menos humanamente) en América? ¿Por qué olvidándose de la ley de su legislador Cristo Jesús, transfieren a los negros y los transportan a América? ¿Por qué los cristianos son la causa de que los negros lleven a cabo tantos y tan grandes atropellos que el padre captura a su hijo, si este se encuentra en los montes o en los cultivos o en los campos? ¿Les gustaría esto a los cristianos, que se hiciera en sus tierras y en sus regiones? ¿Les gustaría ser hechos esclavos y que los comprasen? ¿Cómo pueden cometer tales desmanes y cómo ha podido endurecerles el corazón para el mal a fuerza de pecados contra la ley divina natural y positiva?<sup>5</sup>.

Desde esta perspectiva profética, pues, Medellín prosigue articulando el juicio cristiano sobre la realidad:

La Iglesia latinoamericana tiene un mensaje para todos los hombres que en este continente tienen hambre y sed de justicia (Medellín, Justicia, 3).

Y a continuación especifica qué entiende por justicia, en qué consiste la búsqueda cristiana de la justicia:

La búsqueda cristiana de la justicia es una exigencia de la enseñanza bíblica. Todos los hombres somos humildes administradores de los bienes. En la búsqueda de la salvación debemos evitar el dualismo que separa las tareas temporales de la santi-

---

4.. "Nican Mopohua", Documentos, ITER. Revista de Teología, 1 (1990) 145-159.

5. J. López, Dos defensores de los Esclavos Negros en el siglo XVII. Francisco José de Jaca y Epifanio de Moirans, Madrid 1982, 71-72.

ficación. A pesar de que estamos rodeados de imperfecciones, somos hombres de esperanza. Creemos que el amor a Cristo y a nuestros hermanos será no solo la gran fuerza liberadora de la injusticia y la opresión, sino la inspiradora de la justicia social, entendida como concepción de vida y como impulso hacia el desarrollo integral de nuestros pueblos (Medellín, Justicia, 5).

Para Medellín, pues, como se advierte:

La esperanza de la realización consumada de la Pascua o triunfo de Cristo en cada hombre, antes de adormecer debe avivar la preocupación de perfeccionar esta tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo... No se confunde progreso temporal y Reino de Cristo, sin embargo, el primero en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana interesa en gran medida al Reino de Dios (Medellín, Justicia, 5).

Efectuados estos primeros juicios que atañen a la justicia, en la sección de *promoción humana*, verdadera obertura del documento, estamos listos para pasar a los juicios que fundamentan la ineludible tarea de los cristianos, como componente esencial de su vocación de ser “constructores de paz”. En este sentido, a modo de penetrante denuncia profética, Medellín comienza por desmontar el mito encubridor acuñado para aquellos años en la frase: “las naciones de América Latina son naciones en vías de desarrollo”. La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano afirmará al respecto:

Si el desarrollo es el nombre nuevo de la paz, el subdesarrollo latinoamericano, con características propias en los diversos países, es una injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz (Medellín, Paz, 1).

Y prosigue el juicio:

La realidad descrita constituye una negación de la paz tal como la entiende la tradición cristiana (Medellín, Paz, 14).

Y las notas que caracterizan la concepción cristiana de la paz son las siguientes:

La paz es, ante todo, obra de la justicia. Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocida, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz. La paz en América Latina no es, por lo tanto, la simple ausencia de violencias y derramamiento de sangre. La opresión ejercida por los grupos de poder puede dar la impresión de mantener la paz y el orden, pero en realidad no es sino el germen continuo e inevitable de rebeliones y guerras. La paz solo se obtiene creando un orden nuevo que comporta una justicia más perfecta entre los hombres. En este sentido, el desarrollo integral del hombre, *el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas es el nombre nuevo de la paz* (Medellín, Paz, 14).

La paz, en segundo lugar, es un quehacer permanente. La comunidad humana se realiza en el tiempo y está sujeta a un movimiento que implica constantemente cambio de estructuras, transformación de actitudes, conversión de corazones. La paz, en consecuencia, no se encuentra, se construye. El cristiano es un artesano de la paz. Esta tarea, dada la situación descrita anteriormente, reviste un carácter especial en nuestro continente (Medellín, Paz, 14).

La paz es, finalmente, fruto del amor, expresión de una real fraternidad entre los hombres: fraternidad aportada por Cristo, príncipe de la paz, al reconciliar todos los hombres con el Padre...La paz con Dios es el fundamento último de la paz interior y de la paz social. Por lo mismo, allí donde dicha paz social no existe, allí donde se encuentran injustas desigualdades sociales, políticas, económicas y culturales, hay un rechazo del don de la paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo (Medellín, Paz, 14).

En Medellín, pues, los pastores del pueblo de Dios peregrinante en América Latina toman clara y decidida conciencia de las exigencias en la práctica de la justicia y la construcción de la paz que implica su fe cristiana de cara al orden temporal, de cara a la realidad donde se halla inserta la Iglesia. Finalmente, ante el problema de la violencia en América Latina, Medellín insiste en recordar a la conciencia de los creyentes los criterios que se derivan de la doctrina cristiana y del amor evangélico:

La violencia no es ni cristiana, ni evangélica. El cristiano es pacífico y no se ruboriza de ello. No es simplemente pacifista, porque es capaz de combatir. Pero prefiere la paz a la guerra. Sabe que los cambios bruscos o violentos de las estructuras serían falaces, ineficaces en sí mismos y no conformes ciertamente a la dignidad del pueblo, la cual reclama que las transformaciones necesarias se realicen desde dentro, es decir desde una conveniente toma de conciencia, una adecuada preparación y esa efectiva participación de todos, que la ignorancia y las condiciones de vida, a veces infrahumanas, impiden hoy que sea asegurada (Medellín, Paz, 15).

De este modo, fieles al camino elegido por su Señor para traer la paz al mundo, se deslindan con determinación de todo medio violento y coercitivo para imponer la paz, proponiendo una pedagogía de la paciencia, de los procesos, de la constancia, de la concientización y una visión crítica de la realidad.

#### 4. JUICIO SOBRE LA REALIDAD DESDE LA VISIÓN CRISTIANA EN PUEBLA

Ahora bien, once años después, al realizar por su parte el juicio sobre la realidad desde la visión cristiana, Puebla (1979) constata que la situación de pobreza deshumanizadora se ha agravado; se pone en la onda de Medellín reafirmando así la secular tradición eclesial del continente; ha logrado madurar una síntesis que compagina sabiamente tradición y progreso; y se compromete a anunciar el mensaje de salvación del Evangelio a todos los hombres, preferentemente a los más pobres y olvidados:

Sobre todo, a partir de Medellín, con clara conciencia de su misión, abierta lealmente al diálogo, la Iglesia escruta los signos de los tiempos y está generosamente dispuesta a evangelizar, para contribuir a la construcción de una nueva sociedad, más justa y fraterna, clamorosa exigencia de nuestros pueblos. De tal modo, tradición y progreso, que antes parecían antagónicos en América Latina, restándose fuerzas mutuamente, hoy se conjugan buscando una nueva síntesis que aúna las posibilidades del porvenir con las energías provenientes de nuestras raíces comunes. Así, en este vasto movimiento renovador que inaugura una nueva época, en medio de los recientes desafíos, los pastores aceptamos

la secular tradición del continente y nos preparamos para llevar, con esperanza y fortaleza el mensaje de salvación del Evangelio a todos los hombres, preferentemente a los más pobres y olvidados (Puebla,12).

La iluminación de la realidad que ahora practica está articulada dentro de un marco doctrinal más amplio y englobante, el designio de Dios sobre América Latina: la verdad sobre Jesucristo, la verdad sobre la Iglesia, la verdad sobre el hombre. Luego expondrá, en consecuencia, qué es evangelizar.

De esta segunda sección, consagrada al juzgar, se debe afirmar que el juicio de toda ella reposa en los números encabezados por el epígrafe: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Jn 1,14). A la lógica insólita de la encarnación del Verbo debe corresponder la razón de ser y la misión de Iglesia, nacida del misterio pascual. De este apartado resaltamos varias citas, para pasar luego al juicio de Puebla, en la onda de Medellín, sobre la realidad del hombre latinoamericano:

El Hijo de Dios asume lo humano y lo creado, restablece la comunión entre su Padre y los hombres. El hombre adquiere una altísima dignidad y Dios irrumpe en la historia humana, vale decir, en el peregrinar de los hombres hacia la libertad y la fraternidad, que aparecen ahora como un camino hacia la plenitud del encuentro con Él (Puebla, 188).

La Iglesia en América Latina quiere anunciar, por tanto, el verdadero rostro de Cristo, porque en él resplandece la gloria y la bondad del Padre providente y la fuerza del Espíritu Santo que anuncia la verdadera e íntegra liberación de todos y cada uno de los hombres de nuestro pueblo (Puebla, 189).

A las palabras Jesús unió los hechos, acciones maravillosas y actitudes sorprendentes que muestran que el reino anunciado ya está presente, que Él es el signo eficaz de la nueva presencia de Dios en la historia, que es el portador del poder transformante de Dios, que su presencia desenmascara al maligno, que el amor de Dios redime al mundo y alborea ya un hombre nuevo en un mundo nuevo (Puebla, 191).

A partir de aquí y de los otros números reunidos bajo el anterior epígrafe, se derivarán, en coherencia, la verdad sobre la Iglesia y la verdad sobre el hombre. En este artículo abordamos la relativa al hombre:

Por su parte, la Iglesia tiene el derecho y el deber de anunciar a todos los pueblos la visión cristiana de la persona humana pues sabe que la necesita para iluminar la propia identidad y el sentido de la vida y porque profesa que todo atropello a la dignidad del hombre es atropello al mismo Dios de quien es imagen (Puebla, 306).

En base a esto, los pastores congregados en Puebla, con la seriedad de una profesión de fe, declaran:

Profesamos, pues, que todo hombre y toda mujer, por más insignificantes que parezcan tienen en sí una nobleza inviolable que ellos mismos y los demás deben respetar y hacer respetar sin condiciones; que toda vida humana merece por sí misma, en cualquier circunstancia, su dignificación, que toda convivencia humana tiene que fundarse en el bien común, consistente en la realización cada vez más fraterna de la común dignidad. Lo cual exige no instrumentalizar a unos en favor de otros y estar dispuestos a sacrificar aun bienes particulares (Puebla, 317).

Inmediatamente, esta solemne profesión de fe sobre la dignidad de toda vida humana se hace concreta y específica en la realidad latinoamericana, a través de un número del documento que, junto con otro, prepara y sintetiza el juicio cristiano sobre la realidad realizado en Puebla:

El amor de Dios que nos dignifica radicalmente se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna; para nosotros, hoy, debe volverse, obra de justicia para los oprimidos. Esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan. En efecto, “nadie puede amar a Dios, a quien no ve, si no ama al hermano a quien ve” (1Jn 4,20). Con todo, la comunión y la participación verdaderas solo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra, de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, teniendo en cuenta el respeto de la ecología. El evangelio nos debe enseñar que, *ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más*

desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales (Puebla, 327).

Luego, Puebla esclarecerá el juicio que dejó apenas enunciado en el número anterior cuando aludía a “las realidades que vivimos” ante las cuales “no se puede en América Latina amar de veras al hermano y por tanto a Dios”. ¿A qué realidades se refiere? Se refiere a realidades marcadas por la causa profunda que está generando y agravando el hecho mayor de nuestro continente. En otras palabras, “la situación de pecado estructural” (Medellín) que ahora es denominada en Puebla, utilizando una categoría bíblico-teológica más englobante, “la idolatría del poder”:

El pecado corrompe el uso que los hombres hacen del poder, llevándolo al abuso de los derechos de los demás, a veces en formas más o menos absolutas. Esto ocurre más notoriamente en el ejercicio del poder político, por tratarse del campo de las decisiones que determinan la organización global del bienestar temporal de la comunidad y por prestarse más fácilmente, no solo a los abusos de los que detentan el poder, sino a la absolutización del poder mismo, apoyados en la fuerza pública. *Se diviniza el poder político cuando en la práctica se lo tiene como absoluto. Por eso, el uso totalitario del poder es una forma de idolatría y como a tal la Iglesia lo rechaza enteramente* (GS 75). Reconocemos con dolor la presencia de muchos regímenes autoritarios y hasta opresivos en nuestro continente. *Ellos constituyen uno de los más serios obstáculos para el pleno desarrollo de los derechos de la persona, de los grupos y de las mismas naciones* (Puebla 500).

De estos dos últimos números citados, se colige, por lo tanto, que la tarea que el Concilio y su recepción latinoamericana han encomendado a los discípulos-misioneros de Jesús consiste en proseguir en gozosa, creativa, audaz y riesgosa fidelidad el testimonio de liberación, justicia, fraternidad y paz que Jesús ha inaugurado con su vida, pasión, muerte y resurrección, hasta que Él vuelva (Lc 4,16-21).

Sin embargo, no se puede realizar dicha tarea evangelizadora, y por ende liberadora, de cualquier manera, corriendo el riesgo de traicionar la misión que confió el Señor a su Iglesia, o de camuflar bajo el ropaje del evangelio las ansias de poder y dominación que buscarían seguir imponiéndose al modo como lo hace este mundo (Mc 10,41-45). En efecto, Puebla lo ha expresado claramente cuando ha dado a entender que Jesús nos enseñó el camino

de la encarnación, el camino de la solidaridad desde abajo, el camino de la identificación con el sufrimiento del prójimo, el camino del asumir las cruces de la historia y cargar responsable y amorosamente con ellas, el camino del abandono confiado en las manos de Dios Padre, Todopoderoso porque Todosolidario y compasivo (Lc 6,36; Hb 2,17; Puebla, 191). Se trata, pues, de una solidaridad práctica y humanizadora, frente al fracaso de todos los intentos de liberación concebidos y realizados como actos de poder<sup>6</sup>.

Meterse por este camino, que es la puerta estrecha del evangelio (Mt 7,13-14; Mc 8,35), ha traído como consecuencia en América Latina el martirio cruento de toda una pléyade de hermanos, que aprendieron a vivir el amor a Jesús indisociable del amor a los suyos. En tal sentido, citamos un extracto de la homilía de Monseñor Óscar Arnulfo Romero pronunciada el día anterior a su martirio, el 23 de marzo de 1980, al año siguiente de la celebración de Puebla.

La Iglesia, defensora de los derechos de Dios, de la Ley de Dios, de la dignidad humana, de la persona, no puede quedarse callada ante tanta abominación. Queremos que el Gobierno tome en serio que de nada sirven las reformas si van teñidas con tanta sangre... En nombre de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡Cese la represión...!<sup>7</sup>

## Conclusión

Habíamos concluido la primera parte de este artículo con una pregunta: ¿qué inspiración/influencia/acontecimientos estaban detrás de toda aquella experiencia de Iglesia que se vivía desde una conciencia tan clara de “servidora de la humanidad”, insertada en medio del mundo de los pobres y marginados para edificar con ellos y desde ellos el Reinado de Dios, de tal modo que con palabras y gestos colaborásemos en pro de la venida de su Reino? Y adelantábamos parte de la respuesta diciendo que ciertamente toda aquella

---

6.. D. Mieth – C. Theobald, “Dios, ¿de quién es Dios? La perspectiva de las víctimas”, *Concilium* 279 (1999), 59-62; F. González, “Mesianismo en clave profética y de siervo, el de Jesús”, *ITER Revista de Teología* 60-61 (enero-agosto 2013) 355-379.

7. Extracto de la Homilía del 23 de marzo de 1980, en O. ROMERO, *Su pensamiento*, vol. VIII, San Salvador 1989, 382.

experiencia vivida, en medio de la cual aconteció la iniciación cristiana del autor del presente artículo, no se produjo por generación espontánea.

Pues bien, al finalizar nuestra contribución podemos decir que, opciones pastorales derivadas de un ver y juzgar la realidad latinoamericana con ojos de pastor ha producido un cambio y una nueva manera de vivir nuestra vocación cristiana, ad intra y ad extra de la Iglesia, cuya nota característica consiste en la alegría; el mismo tipo de alegría que experimentó Jesús, estremecido de gozo en el Espíritu Santo, cuando regresaron los “72” discípulos enviados por él: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito” (Lc 10,21). Cuando la Iglesia evangeliza a los pobres y, sobre todo, se deja evangelizar por ellos, se genera alegría, signo indefectible de la presencia de Dios. Una alegría que se expande y comparte en comunidad, que hace gustar el don de la fraternidad, y que, finalmente, deriva en solidaridad, siempre abierta a la esperanza.

“Pero cuando el Hijo del hombre vuelva ¿hallará fe en la tierra?” (Lc 18,8). Es la pregunta de Jesús que también quisiéramos compartir y dejar abierta en la celebración de los 40 años de Puebla en la onda de Medellín. ¿Cómo colaborar para que no se apague ese fuego del Espíritu de Jesús (1Tm 1,6) que visitó a su Iglesia en Medellín y Puebla, y continuar transitando por ese camino inacabado?

Ciertamente que una respuesta concreta a dicha pregunta, en línea con la invitación del Concilio a escrutar los signos de los tiempos, es el ministerio petrino al servicio de la Iglesia al que ha sido llamado Francisco:

La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan. «Primerear»: sepan disculpar este neologismo. La comunidad evangelizadora experimenta que el Señor tomó la iniciativa, la ha primereado en el amor (cf. 1 Jn 4,10); y, por eso, ella sabe adelantarse, tomar la iniciativa sin miedo, salir al encuentro, buscar a los lejanos y llegar a los cruces de los caminos para invitar a los excluidos. Vive un deseo inagotable de brindar misericordia, fruto de haber experimentado la infinita misericordia del Padre y su fuerza difusiva. ¡Atrevámonos un poco más a primerear! Como consecuencia, la Iglesia sabe «involucrarse». Jesús lavó los pies a sus discípulos. El Señor se involucra e involucra a los suyos, poniéndose de rodillas ante los demás para lavarlos. Pero luego dice a los discípulos: «Seréis felices si hacéis esto» (Jn

13,17). La comunidad evangelizadora se mete con obras y gestos en la vida cotidiana de los demás, achica distancias, se abaja hasta la humillación si es necesario, y asume la vida humana, tocando la carne sufriente de Cristo en el pueblo. Los evangelizadores tienen así «olor a oveja» y estas escuchan su voz. Luego, la comunidad evangelizadora se dispone a «acompañar». Acompaña a la humanidad en todos sus procesos, por más duros y prolongados que sean. Sabe de esperas largas y de aguante apostólico. La evangelización tiene mucho de paciencia, y evita maltratar límites. Fiel al don del Señor, también sabe «fructificar». La comunidad evangelizadora siempre está atenta a los frutos, porque el Señor la quiere fecunda. Cuida el trigo y no pierde la paz por la cizaña. El sembrador, cuando ve despuntar la cizaña en medio del trigo, no tiene reacciones quejosas ni alarmistas. Encuentra la manera de que la Palabra se encarne en una situación concreta y dé frutos de vida nueva, aunque en apariencia sean imperfectos o inacabados. El discípulo sabe dar la vida entera y jugarla hasta el martirio como testimonio de Jesucristo, pero su sueño no es llenarse de enemigos, sino que la Palabra sea acogida y manifieste su potencia liberadora y renovadora. Por último, la comunidad evangelizadora gozosa siempre sabe «festejar». Celebra y festeja cada pequeña victoria, cada paso adelante en la evangelización. La evangelización gozosa se vuelve belleza en la liturgia en medio de la exigencia diaria de extender el bien. La Iglesia evangeliza y se evangeliza a sí misma con la belleza de la liturgia, la cual también es celebración de la actividad evangelizadora y fuente de un renovado impulso donativo<sup>8</sup>.

El fuego que no se “aviva” se apaga (1Tm 1,6). Damos gracias al Señor por el regalo de Francisco a su Iglesia pues en su pontificado está retomando con vigor y fuerza lo más genuino y apremiante del espíritu del Concilio: el llamado a todos los discípulos del Señor a constituirnos como una Iglesia en permanente salida misionera, encarnada en la realidad de su tiempo, solidaria con la humanidad, especialmente con los más sufridos, olvidados y descartados por lo lógica de este mundo; pues no debería existir nada verdaderamente humano que no tenga resonancia en su corazón<sup>9</sup>.

---

8. Francisco, *Evangelii Gaudium*, 24.

9. GS, 1.